

El 'lucencismo' de Castro Gil

POR AMOR AL ARTE



POR **LUCILA YAÑEZ**

El grabador fue sin duda una persona querida y admirada en Lugo, su lugar de nacimiento. Lo evidencian las múltiples muestras de afecto y consideración que recibió en la ciudad a lo largo de su vida

EL DIARIO EL PROGRESO dio cuenta de cada celebración y, fiel seguidor del artista, publicó numerosos artículos y reseñas para elogiar sus trabajos e informar de sus logros profesionales. Tanto es así que el periódico es imprescindible para documentar la trayectoria profesional y artística del grabador lucense.

En Lugo se organizaron varios homenajes públicos y oficiales a Castro Gil. El primero en el Círculo de las Artes, el domingo 31 de agosto de 1924. El diario lucense alentó y siguió con detalle el acontecimiento. Los titulares lo consideraron 'Un día solemne para Lugo'. Salgado Toimil, autor de 'Odoario o Lugo en el siglo VIII' (1923), Glicerio Barreiro, redactor jefe de El Progreso, y Aurelio Capelo desde Madrid, donde era corresponsal del diario vigués El Pueblo Gallego, colaboraron con textos que destacaban, además de la valía como grabador, el «noble amor a la tierra nativa» y el «lucencismo de Castro Gil».

El programa del día contemplaba la presentación y colocación en uno de los salones del Círculo de un cuadro donado por el artista, el aguafuerte 'Monasterio de Carboeiro' (2ª medalla en 1914). También el banquete celebrado en el salón de fiestas de la sociedad, presidido casualmente por el abogado Julio Pérez de Guerra y durante el cual los comensales disfrutaron del acompañamiento musical de un quinteto dirigido por Manuel Sarriñana, el músico y político asentado en Lugo. Al año siguiente, para completar el homenaje y con Antonio de Cora y Sabater como presidente, el Círculo nombró Socio de Mérito a Castro Gil.

En junio de 1929 la anfitriona fue Madrid. Castro Gil acababa de cesar en la Casa de la Moneda coincidiendo con su nombramiento de profesor de grabado en la Escuela Nacional de Artes Gráficas y la propia ceca se encargó de impulsar los actos para honrar al grabador y elogiar sus méritos artísticos.

El Progreso informó de la jornada y destacó el apoyo enviado

desde Lugo por administraciones, organismos y diversas asociaciones locales.

Con el aguafuerte 'Catedral de Malinas. Bélgica', Castro Gil alcanzó en 1930 el mayor galardón artístico oficial, la primera y única Medalla de Primera Clase de la sección de grabado en la Exposición Nacional de Bellas Artes. El Progreso difundió la noticia del premio y de nuevo dedicó varias columnas a ensalzar la figura del artista, además de reproducir algunos de sus grabados.

Recibida la medalla, a Castro Gil le faltó tiempo para acercarse a Lugo y compartir su éxito con su familia y amigos. El periódico comunicó su llegada el 26 de agosto «en el tren expreso procedente de la Corte» y el cariñoso recibimiento en la estación, con la presencia del presidente de la Diputación, José Benito Pardo, y el alcalde, Ángel López Pérez.

En esa ocasión extraordinaria, la Corporación Provincial optó por rendir honores oficiales con una ceremonia privada que tuvo lugar el 9 de septiembre en el Palacio de San Marcos. El grabador correspondió con generosidad con la entrega del «soberbio tríptico» formado por el grabado premiado y los otros dos que también había presentado a la Exposición Nacional, 'La Villete. París' y 'Puerto de Ondároa'. El conjunto se conserva y expone en la actualidad en el Museo Provincial y mantiene el imponente enmarcado artesanal de madera.

Las autoridades felicitaron, ovacionaron y abrazaron al autor y a continuación se celebró un cordial almuerzo en el propio Palacio, durante el cual el presidente provincial incluso agasajó con puros habanos a los presentes.

Unos días más tarde, el 21 de septiembre, el Círculo de las Artes se encargó de encabezar un homenaje popular en la ciudad.

En 1942 Castro Gil era un grabador importante, ampliamente reconocido y admirado. Becas, medallas y menciones, viajes, exhibiciones, publicaciones, experiencia docente y muchas horas de dedicación con método y exigencia habían servido para consolidar una técnica exquisita y depurada y afianzar su personalidad artística. La maestría técnica patente en sus aguafuertes y la profesionalidad y coherencia de su trabajo lo habían situado en lugares privilegiados de esta disciplina. Y, una vez más, Lugo se preparó para dar muestras de aprecio y respeto incondicional. Para ello se organizó una exposición de sus grabados en el Palacio Provincial, el edificio que aún albergaba al Instituto de Segunda Enseñanza, la Escuela Normal de Magisterio, la Biblioteca Provincial y el Museo Provincial y que en 1913, cuando Manuel tenía 23

años, ya había acogido su primera muestra de pinturas.

La esperada inauguración tuvo lugar el lunes 12 de octubre a las 12 horas y constituyó un acontecimiento extraordinario que congregó a destacadas personalidades del arte y las letras y a las diversas autoridades, militares, civiles y eclesiásticas, representantes de todos los poderes del momento.

La fotografía en el paraninfo impresiona. En ella aparece Castro Gil situado hacia el centro de la imagen acompañado de significados personajes que he podido identificar gracias a haber tenido ayuda inestimable e imprescindible. Su presencia es muy significativa para tener idea de la trascendencia del evento.

A la izquierda del grabador destaca la figura de Ramón Ferreiro Rodríguez-Lago, gobernador civil de Lugo y jefe provincial del Movimiento. Un hombre que, además de ostentar relevantes cargos políticos y de escribir poesía, en 1950 asumiría la presidencia de la Aepe (Asociación Española de Pintores y Escultores). A su lado Luis López Martí, el primer director del Museo Provincial, que lo fue desde su creación en 1932 hasta 1948, y detrás de ambos Manuel Portela Nogueira, alcalde de la ciudad en esos momentos. Al fondo a la derecha, junto a las dos mujeres, Delio Mendaña, catedrático de Física y Química que era entonces director del instituto lucense y además presidente del Círculo.

A la derecha de Castro Gil se identifica bien a Mauro Córnez Pereira, Abad Mitrado de Samos, y entre el grupo de militares el más condecorado puede ser el general Heliodoro Rolando de Tella, el general Tella, nacido en O Corgo en 1888 que en la fecha de la exposición, además de estar ocupado en la construcción del pazo de Adai, era todavía Gobernador Militar de Lugo.

La imagen refleja otros tiempos, pero es testimonio del trato que se le dio a Castro Gil, de la importancia del homenaje y del protocolo que se siguió en el acto de apertura.

En cuanto a la exposición, como bien se aprecia en las imágenes, los grabados ocuparon dos de los corredores de la planta baja del Palacio Provincial. Se exhibieron colgados en paneles exentos dispuestos delante de las paredes

para librar puertas y ventanas, a fin de conseguir muchos metros lineales donde poder colgar los más de sesenta ejemplares, entre ellos los tres donados con anterioridad por el autor. Una instalación con numerosos cuadros, abigarrada y uniforme, características propias de los criterios expositivos de la época.

Gracias a El Progreso y a fotografías como las que se conservan en el Archivo Municipal de Lugo,



podemos imaginar el ambiente creado y suponer la relevancia de la inauguración.

En paralelo a la exposición, la Junta del Museo Provincial organizó un ciclo de conferencias. Manuel Vázquez Seijas, que era el secretario de la misma, impartió la primera, 'Prehistoria en la provincia de Lugo'. Le siguieron Alejandro Barreiro Noya, periodista y escritor establecido en A Coruña, que no pudo asistir pero envió un escrito que leyó José Trapero Pardo; Francisco Vázquez Saco, etnógrafo y lingüista, rector del Seminario de Lugo, que disertó sobre el arte románico en las iglesias de la diócesis de Lugo; Primitivo R.

Sanjurjo, el erudito y cosmopolita catedrático del Instituto de Segunda Enseñanza, que habló sobre la técnica del aguafuerte y la inspiración en la obra de Castro Gil, y José G. Posada-Curros, escritor, periodista, compositor y también profesor en el instituto. El propio Castro Gil disertó sobre la importancia del grabado y la enseñanza de las técnicas en la conferencia de clausura de la muestra.

La exposición permaneció abierta al público tan solo una semana, tiempo suficiente para alcanzar un gran éxito de visitas y ventas, pero gran parte de los grabados se quedarían en Lugo, como nueva donación del artista

al Museo Provincial.

Las páginas del diario El Progreso son esenciales para conocer el recorrido vital y profesional de Castro Gil. A través de crónicas, reseñas y colaboraciones de diversos autores (Gil Follol, Díaz Andión, Aristazabal, Pérez de Guerra, José López Sánchez, Moreno...) el periódico mantuvo una información permanente sobre el grabador y se preocupó durante años de compartir con el público lector sus avances, sus nuevos proyectos y sus éxitos. También con frecuencia reprodujo sus grabados, incluso algunos con dedicatorias manuscritas por el autor: «Al Progreso de Lugo, mi pueblo natal».

En todas esas páginas es fácil comprobar en las obras de Castro Gil la frecuente presencia de Galicia y sobre todo de Lugo, como motivo inspirador de sus composiciones.

Manuel Castro Gil supo equilibrar en sus trabajos lo artístico y lo técnico, algo imprescindible en una especialidad tan exigente como lo es el grabado y en especial el aguafuerte. El conocimiento profundo de los materiales y los procedimientos y un extraordinario rigor en la tarea lo hicieron posible. Entendió el grabado como oficio, pero sin desatender los aspectos artísticos.

Quizás la preocupación por

mantener una técnica depurada y magistral coartó su producción, pero junto a los grabados más «correctos» encontramos otros más creativos, más libres y con más carácter. Algunos con dibujos que recrean lugares imaginarios o rostros de gran fuerza expresiva y otros en los que arriesga al entintar para conseguir efectos y atmósferas singulares.

Durante las primeras décadas del siglo XX Castro Gil participó y fue protagonista en Madrid de un periodo extraordinario de crecimiento y difusión del grabado, del aguafuerte en particular. La de San Fernando fue la única Escuela de Bellas Artes que mantuvo la cátedra de grabado y eso convirtió a la capital en foco de atracción para quienes querían formarse y desarrollar sus capacidades en ese campo.

En las décadas 20 y 30 a Manuel se le consideraba «un paisajista romántico, que ama las ruinas, las viejas ciudades, los lugares recónditos de las luces y las indeseadas luces de los crepúsculos». A esa etapa pertenecen exquisitos grabados de lugares imaginarios con títulos poéticos, 'El puente del diablo', 'La ciudad del silencio', 'Ruinas'... También los que muestran ciudades y monumentos, más representativos y convencionales, pero con un añadido valor documental.

Fue un artista que trabajó incansablemente, voicado en su producción personal y en la enseñanza. En su estudio madrileño contó durante años con el único tórculo privado de la ciudad, que ponía a disposición de otros grabadores. Hasta tuvo su propia asociación, la Agrupación Artística Castro Gil, que se ocupó de enseñar la técnica del aguafuerte y fomentar su difusión. Pocos habían hecho tanto por el grabado.

A principios de abril de 1963 El Progreso comunicó la noticia de la muerte de Castro Gil. José Trapero Pardo y Julio Pérez de Guerra, entre otros, escribieron sobre el artista y coincidieron en destacar la calidad humana del grabador y en especial su talante afable y cercano. Juan María Callego, periodista que era redactor del periódico de Lugo y años más tarde sería director de El Correo Gallego, también le dedicó unas líneas de recuerdo, un curioso texto titulado 'Castro Gil y la sonrisa' para llamar la atención sobre lo que para él era una característica fundamental: la permanente actitud sonriente y apacible de aquel hombre.

Lo cierto es que Castro Gil consiguió reconocimiento y fue admirado en vida, en particular en su ciudad natal, y eso no suele ser frecuente.



Exposición de Castro Gil en el Palacio Provincial, 1942.
Colección fotográfica Delgado Guisasaola. Estudio fotográfico Lamela. Archivo Municipal de Lugo.